



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 16.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Los igorotes del Amburáyan, por D. Antonio García del Canto. — **Una herencia de llanto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez. — **El Ángel del Consuelo**, poesía, por D. Francisco Jimenez Campaña. — **Solo un Dios y solo un culto**, por D.ª Enriqueta Lozano de Vilchez. — **Seccion para los niños: Dos flores de un mismo tronco**, por id.

LOS IGORROTES DEL AMBURÁYAN.

Los igorotes de la rancheria de Magcayang, eran enemigos irreconciliables mucho tiempo hacia de los de Piznadán, y se hacian una guerra cruel, pero que era de sorpresas y de astucias. Un año hacia, habia sucumbido en esta lucha feroz un hijo de Ibang y cinco esclavos, y hasta la fecha no habia logrado saciar su venganza mas que con tres de sus enemigos, cuyos cráneos tenia colgados á la puerta de su casa, y aunque todavia le quedaban suficiente número de esclavos la vejez no le permitia ponerse á su cabeza para matar los tres enemigos que debian completar el número de los que él habia perdido, y aprovechó la ocasion del casamiento de su hija para quedar vengado. Hé aquí el motivo por qué Domoy no

participaba de la alegría de los convidados, porque á pesar del valor proverbial de su hijo, temia que hubiese caido en alguna emboscada, y que en el momento en que se estaban haciendo los preparativos de su himeneo, tal vez estarian bebiendo su sangre sus enemigos.

Las dos de la tarde era la hora señalada para la celebracion del sacrificio, y ya era la una, y aun no habia regresado Bravo; mas de repente se oyeron varios gritos fuera de la plazuela, y cesando los del baile en su danza, abrieron paso á un grupo de dalagas (jóvenes doncellas) que venian acompañando á la novia: abria la marcha la Asitera (sacerdotisa), que era una mujer de unos 55 años de edad, la cual venia bailando y haciendo unos visajes y contorsiones tan obceanas, que parecia una bruja infernal: seguian dos filas de dalagas, y detras de todas se veia á Evanistasan, á quien su padre conducia de la mano siguiéndola sus esclavos y esclavas.

No en vano llamaban á Evanistasan la perla del Amburayan; su estatura era elevada, su color bronceado claro, pero tenia un cútis tan sumamente fino y suave, que resplandecia como el alabastro; sus ojos eran negros, grandes y expresivos, la boca muy pequeña y adornada de

dos filas de dientes que pudieran superar en blancura al marfil mas pulimentado; tu talle era esbelto, y sus turgente seno, que llevaba cubierto á medias con una camisa de sinamay, parecia formado por la mano de Vénus, realzando sobre toda su hermosura una madeja de pelo negro y ruave, como la piel del paniquí. Su traje consistia en un pequeño tapiz de seda encarnado y salpicado todo de florecitas blancas, el cual la cubria solamente desde el talle hasta la mitad de los muslos, consistiendo todos sus adornos en unos brazaletes de oro; pero en sus movimientos y en sus miradas habia tal majestad y era su paso tan airoso, que cualquiera la hubiera creído la reina de los bosques.

Cuando la comitiva llegó á la plazuela donde estaban los demás convidados, el anciano Domoy se levantó, y adelantándose á recibir á Evanistasan, la tomó de la mano diciéndola:

—Ven, estrella de las montañas, diosa de la selva, mas pura y mas hermosa que la azucena, y mas gentil que la palma, ven á mis brazos; desde hoy serás para mí la hija de mi corazon, y contigo se perpetuará mi nombre en estos bosques, si place al cielo conservar la vida de mi hijo.

—Señor, contestó Evanistasan, eres el padre de Fayang á quien adora mi corazon, y esto basta para que al desprenderme de los brazos de mi anciano padre para ocupar un asiento en tu choza, no salga de mis ojos un raudal de lágrimas como la corriente del Amburayan. Mas se me figura que estás triste; ¿qué tienes? ¿dónde está el Bravo que no sale á recibir á su prometida?

—Aun no ha vuelto, respondió Domoy suspirando tristemente.

—¿Pues dónde ha ido?

—Á buscar tu regalo de boda, las cabezas de tres enemigos.

—¿Y no se ha sabido nada del resultado de su empresa?

—Nada, hija mia, ¿quién sabe si perderá la vida en el combate?

—¡Oh! nada temas; es fiero como un búfalo, ligero como el venado, y astuto como la serpiente; no temas que perezca, el corazon me augura que volverá.

—El gran Cubinang te oiga.

En este momento se oyó resonar en el fondo del bosque una trompa de guerra, y Evanistasan dijo al anciano:

—¿Oyes? la trompa de guerra anuncia el regreso de tu hijo, mi bien amado, y lo que es aun mejor, anuncia que ha salido vencedor.

Los ecos de la trompa siguieron oyéndose mas

cercanos, y á poco rato apareció Fayang seguido de sus esclavos.

Nada mas gentil y arrogante que este hijo de los bosques; de una estatura elevada, pues tenia lo menos cinco piés y cinco pulgadas, y de una musculatura que anunciaba la fuerza de un Hércules, de color bronceado oscuro, mirada centellante y larga cabellera negra que le caia sobre sus hombros, se distinguia á primera vista de cuantos le rodeaban. Desnudo desde el talle hasta la cabeza, que solo llevaba adornada con plumas de pagá y oropéndola; su pecho y espaldas pintados caprichosamente con una tinta azul, figurando serpientes enroscadas, aves y árboles; envuelto desde la cintura hasta la mitad de los muslos en un bajaque tejido de corteza de árbol y del cual pendia un ancho campilan, en cuya empuñadura estaban incrustadas dos docenas de muelas de sus enemigos, adornada además de una larga cabellera humana, y empuñando en la diestra una pesada lanza de dos varas de largo que manejaba con la mayor facilidad, se le hubiera tomado por el Dios de las batallas ó por un génio maléfico de los bosques.

Cuando se presentó con sus esclavos en el lugar donde le esperaba su prometida, se levantó un grito unánime de alegría, y victoreando su nombre y cantando sus proezas, principiaron á danzar todos los convidados, tocando el tambor una danza guerrera.

—Basta, dijo Fayang con voz de trueno; os doy las gracias por la alegría que manifestais al verme; pero mas os alegrareis cuando sepais que una de las tres cabezas que traigo, es la de nuestro mas fiero enemigo el invencible Inéng.

—¡Viva el Bravo de Piznadan! dijo Ibang entusiasmado.

—¡Viva! gritaron todos.

Fayang se adelantó á donde estaba Ibang, y poniendo una rodilla en tierra y apoyándose en su poderosa lanza le dijo:

—Señor, las sombras de tu hijo Lambot y de sus tres esclavos ya no volverán á interrumpir su sueño, ni vagarán de noche por estos montes pidiendo venganza, porque ya deben estar suficientemente satisfechas. Ahí te traigo las tres cabezas que me has exigido como una parte del dote de tu hija, y entre ellas está la del asesino de tu hijo; aun destila alguna gota de sangre que puedes beber á pesar de que ya está fria, porque mis esclavos y yo nos hemos embriagado con ella cuando salia hirviendo de sus venas.

—Levántate, dijo Ibang abrazándole; tú eres el hijo mas fiero de las selvas; solo tú eres digno de poseer la mano y el corazon de la perla de Amburayan, y desde este momento te la entre-

go para que hagas su felicidad.—¡Asitera, le dijo á la sacerdotisa; ya puedes principiar el sacrificio!

Cuatro igorotes extendieron en el suelo una manta, y colocaron encima una palancana de madera, un cubo lleno de agua, un lechoncillo de edad de dos meses, un ídolo de madera toscamente esculpido y un cuchillo. La sacerdotisa, que como hemos dicho antes era una mujer de unos 55 años de edad, tenía una figura espantosa; su estatura era alta, pero doblada por la edad, ó mas bien por las bacanales á que habia asistido durante mas de 40 años; tenía una joroba muy abultada, la nariz apenas se la conocia, pues era sumamente aplastada, y su barba era larga y encorvada hácia arriba; tenía el cutis surcado de arrugas y acribillado de las viruelas. Su color era de cobre acardenillado, sus ojos negros y muy pequeños [y el pelo le caía en mechones canos, sucios y enredados sobre el cuello y la frente. Su traje era un pedazo de manta que la cubria con mucho trabajo desde la cintura hasta los muslos.

Cuando estuvo preparado todo para la ceremonia, se tapó la cara con una calavera de puerco, y principió á pasear alrededor de la víctima; los novios y convidados formaron un círculo dejándola en medio, sentados en cuclillas. En seguida principió á bailar cerca de la víctima haciendo gestos y contorsiones, y mirando de cuando en cuando al cielo decia con gritos horribles: «¡Siggan Cabuniang!» (¡Oh tú, Dios!) cogió luego el cuchillo y degolló el lechoncillo recogiendo la sangre en la palancana, y murmurando al mismo tiempo algunas palabras ininteligibles. Degollada la víctima, cogió una escoba, y mojándola en la sangre humeante, roció con ella el ídolo que tenía unos dos pies de alto, cuya figura aparecía sentada en posición contemplativa ó meditabunda, pues tenía los codos apoyados en los muslos y la frente en las manos; mojó la escoba nuevamente en el agua y roció con ella á toda la concurrencia, principiando por los novios, volviendo á gritar mas desahogado que la vez primera: «¡Siggan Cabunian! ¡Siggan Bulamaiaig!» (¡Oh tú luna hermosa!) «¡Siggan Agen!» (¡Oh tú estrella!) Cogió luego á los novios por las manos y ya se dirigia con ellos á la casa de Domoy, donde segun costumbre debian quedar encerrados ocho dias, comiendo por su mano, ínterin su familia y los convidados apuraban todos los vinos y manjares, cuando en este instante se presentó el P. Rafael, misionero, que vivia inmediato á la ranchería.

(Concluirá).

Antonio Garcia del Canto.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

Novela original.

(Continuación).

—Con que dices que nada se supo del asesino? preguntó Andrea con opaca voz.

—No, nada: algunos achacaban aquella desgracia á la idea de un robo; pero esto no podia ser, puesto que todo el dinero y todas las alhajas que llevaba el conde se hallaron sobre su cadáver, faltando solo una sortija.

—¡Una sortija!

—Para sacársela tuvieron que cortarle el dedo.

—¡Jesus!

—Esto da miedo el pensarlo ¿es verdad?

—¡Oh, sí! pero por qué harian semejante cosa?

—¡Quién sabe! acaso no pudo el homicida sacarla buenamente porque era demasiado pequeña, y recurrió á ese medio; ello es que el cadáver tenía un dedo menos y que en aquel dedo estaba la sortija.

—¡Qué misterio!

—El asesino debia ser un hombre muy infame; ¡ay! horror me causa pensar en él; ¡atreverse á mutilar la mano de un muerto, en medio de una noche oscura y en la soledad imponente del bosque! preciso es que no tuviese corazón, que fuese muy malo.

Estas palabras hicieron estremecer á Andrea, recordándole el nombre de su padre.

Por largo tiempo la pobre niña permaneció aterrada y conmovida, hasta el extremo de no recordar donde se hallaba ni por qué se encontraba allí.

—¿Ves como todo esto es espantoso? dijo Teresa; ¡oh! muchas veces cuando me acuerdo de ello ni me atrevo á salir al bosque, ni siquiera á moverme de casa.

—Lo que mas extraño en ello, es que no se encontrara un indicio por donde descubrir al culpable.

—Dice mi madre que se habló mucho tiempo de ello; que recayeron las sospechas en alguno; pero que ese alguno era rico, poderoso, temido en el país, y nadie se atrevió á acusarle.

—¿Y tú sabes su nombre?

—¡Yo lo creo! lo han dicho delante de mí tantas veces!

—¿Y quién...?

—Toma, es muy sencillo; nadie en estos conornos queria mal al conde Arturo, sino D. Pedro de Avendaño.

—¡Cómo! y pensaron...

—Que solo él tenía interés en que muriese por ese pleito y esa enemistad de que te hablé antes.

—¿Y le acusaban siendo tan honrado y tan bueno?

—Acusarle, no; pero todos creían que había sido alguno pagado por él.

La niña volvió á quedar muda.

—¿Sería verdad lo que suponía Teresa? Sería D. Diego el pensamiento que había resuelto el crimen, y su padre la mano que lo había ejecutado?

Esto no podía ser puesto que Martín aquel día no había nombrado en su embriaguez á Avenaño, y sí al anciano Sr. de Enriquez.

Teresa, sin poder adivinar los pensamientos de su prima, continuó hablando con la lijereza de su edad.

—Lo que á mí me extraña ahora, es que esta casa, cerrada tanto tiempo, se haya vuelto á abrir para el señor Armando.

Este nombre distrajo á Andrea de sus reflexiones, y le recordó su idea de saber algo de aquel jóven y del secreto que le separaba de Adriana.

—Luego hasta que él ha venido no había vivido aquí nadie.

—¡Absolutamente! hacia diez y seis años que esta puerta estaba cerrada, estos salones solitarios y las llaves de todo en poder del señor cura, que es ya tan viejecito que apenas sale de su casa.

—¿Y cómo ha sido eso?

—No sé; pero hará cosa de dos meses, una noche, muy tarde ya, llegó el señor Armando y llamó á la puerta de nuestra cabaña. Mi madre no quería abrir, nos hallábamos solas y estaba muy oscuro: se asomó á la ventana y preguntó desde allí quién era.

—Nada temais, contestó desde afuera una voz dulce, aunque varonil; soy un viajero que viene á hospedarse en la casa abandonada, y que en nombre del anciano párroco de esta aldea reclama vuestros servicios. Abrimos entonces la puerta, y vimos un jóven de aspecto gallardo y distinguido, pero de rostro y de mirada muy triste.

—Perdonad, señor, dijo mi madre; pero yo no tengo las llaves de la casa que decís.

—Lo sé, contestó el caballero, puesto que acaba de dárme las el anciano sacerdote que ha sido por tanto tiempo depositario de ellas: además me ha entregado esta carta, en la que os ruega me conduzcáis allí, y me presteis los servicios necesarios, puesto que sois la que vive mas inmediato.

—Sigue, dijo Andrea con interés.

—Mi madre no sabe leer, pero yo sí, y ví que

el desconocido decía verdad.

Era muy tarde, pronto debía amanecer; el viajero venia cansado y le suplicamos que se sentase y que tomase algun reposo mientras llegaba la aurora. Así lo hizo, y apenas despuntó el día y bebió una taza de leche, salió de nuestra cabaña y se encaminó aquí; nosotros le seguíamos para ver lo que necesitaba, pues la casa debía estar en el peor estado.

—¿Venias tú tambien?

—Sí; acaso era preciso ayudar á mi madre y luego, la verdad, aquel jóven tan triste y tan pensativo había despertado mi curiosidad.

—Comprendo, y querias...

—Saber si quiera como se llamaba.

—¡Ah!

—Además, aquella casa cerrada siempre había llamado mi atención y tenía vivos deseos de traspasar su dintel; rogué á mi madre con tales instancias que me dejase ir con ella, que al fin lo conseguí.

—Y pudiste ver....

—Todo; y jamás olvidaré la emoción que experimentó el señor Armando al pisar estos umbrales. ¡Pobrecillo! hasta creo que por su rostro cruzó una lágrima, cuando mi madre, recordando á la condesa, dijo su nombre y rezó un Padre Nuestro por ella; por lo demás todo estaba en su sitio, cada mueble en el mismo lugar donde le habían dejado diez y seis años antes, pero cubierto de una espesa capa de polvo, que apenas permitía distinguir los objetos. El señor Armando no quiso que dispusiese mas que esta habitación, que estaba tal cual la ves, con el mismo lecho y los mismos muebles, mandando que además de todo se trajese aquí ese retrato que estaba en el testero principal del salon grande.

—¿Y de quién es?

—Del conde Arturo.

—¿Del que asesinaron?

—Cabal: el mismo señor Armando se lo dijo á mi madre.

—¡Oh! yo voy á verlo, exclamó Andrea con curiosidad.

Y sin aguardar respuesta subióse sobre un sillón y descubrió el misterioso lienzo.

Era el retrato de un gallardo y bizarro caballero, vestido con un traje de caza, y con un hermoso lebré blanco al lado.

La hija del guarda-bosque le contempló largo rato y luego murmuró pensativa.

—Yo creo que he visto alguna vez esos ojos.

—Imposible, exclamó Teresa; cuando tú naciste había muerto ya.

—Al menos he visto una mirada igual á esa

mirada; tan amante, tan profunda, ¡oh! lo mismo, lo mismo.

—Antojo tuyo.

—No; pero... ¿qué recuerdo! ¿has mirado bien los ojos del señor Armando?

—No me he atrevido nunca; siempre que él se fija en mí, sin saber por qué, bajo los míos.

—Pues yo le he visto mirar de ese modo, y era él, no me engaño, era él.

—¿A tí?

—¡Oh! no; ¿quién soy yo para que me miren así?

—Entonces....

—Era á otra persona, á otra persona cuyo nombre no puedo decirte, porque es un secreto que no me pertenece, Teresa mía.

(Continuación).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL ÁNGEL DEL CONSUELO.

Lloraba María, la Virgen hermosa
La luz de los astros, la paz del Eden,
La flor de los valles buscando angustiosa
Al tierno capullo nacido en Belén.

El llanto bañaba cual lluvia de perlas,
Sus frescas mejillas de nieve y carmin;
Y alados querubes del cielo á cojerlas
Bajaron, llenando de luz el confin.

En copa de oro su llanto llevaron
Al trono esplendente del Sumo Hacedor,
Y apenas el lloro sus ojos miraron
Tornóse en un ángel radiante de amor.

Yo soy ese espíritu, creacion misteriosa,
Mi esencia es ternura, mis ojos bondad,
Y llevo en mis alas de nácar y rosa
Al hombre que gime, la célica paz.

Yo vivo en el sòlio, que tiene María,
Su rostro contemplo de nube al través;
Y, como formado del llanto que un día
Vertieran sus ojos, me aduermo á sus piés.

Yo velo en la tierra los castos amores,
Yo endulzo en las almas la hiel del pesar,
Yo llevo al marino del mar entre horrores
Suspiros, que suele su amante exhalar.

Al triste cautivo, que gime en la oscura
Prision, lamentando la suerte fatal,
Le presto en sus trovas eterna dulzura,
Que ahuyenta del pecho las sombras del mal.

Yo muestro á la madre que trémula llora
La muerte temprana del hijo mejor,
Abiertos los cielos, la imágen que adora
Que tierna la llama con voces de amor.

Yo soy el arcángel de paz y consuelo,
Yo enjugo los ojos que enturbia el pesar,
Yo vivo en el sòlio, que tiene en el cielo
La Virgen excelsa, la perla del mar.

Francisco Jimenez Campana.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuación).

«Mi madre se acercó con ella y la levantó hasta la altura de mi padre.

«Éste se inclinó y besó repetidas veces á Elena, y él, tan severo y tan grave de continuo, se enterneció hasta derramar una lágrima que yo ví correr por su venerable rostro.

«Después se dominó enteramente y guardó un instante de silencio.

«Mi madre le miraba con ansiedad, yo con temor.

—«¿Y á qué has venido? me preguntó al cabo con lenta voz.

—«Yo... ¡oh! ¿no lo he dicho ya? á pedirle su bendicion para mi Elena.

—«¿Mi bendicion! y.... ¿nada mas? yo creí que querias mi perdon para tí y para tu esposo, ó el olvido de lo pasado, y mi amparo para tí y para tu hija.

—«¡Ay de mí! ¡el perdon! ¿podré esperarlo?

—«Siempre que Héctor lo desee, siempre que olvide sus errores, sí; has unido tu suerte á la suya contra mi voluntad, pero lo hecho hecho ha de quedar! sin embargo, por amor á tí, por piedad de tu madre que no encuentra consuelo desde que te alejaste, consentiré en olvidar.... en perdonar, aunque me cueste mucho conseguirlo.

«¡Oh! aquellas palabras desgarraban mi corazón; ¿cómo conseguir aquel perdon si Héctor no lo solicitaria nunca!

«Mi padre comprendió algo de lo que pasaba por mí, y me dijo:

—«Acabemos: ¿vienes autorizada por Henry? ¿vienes en su nombre? ¿le precedes acaso para saber de qué manera será recibido?

—«¡No señor! contesté tristemente; ¡no señor!

—«Entonces....

—«Ya he dicho á V. que no se halla en Madrid.

—«¡Ah! luego has aprovechado su ausencia



»para venir entre las sombras de la noche, ocultándote como el que va á cometer un delito!

—»¡Padre!

—»Has venido contra su voluntad, á escondidas, sin que él lo sepa!

—»¡Dios mío!

—»Entonces yo no puedo permitir que permanezcas aquí.

—»¡Martin! gritó mi madre con angustia; ¡Martin!

—»¡Calla! si ese hombre prohíbe á nuestra hija que venga á la luz del sol, yo no debo admitirla en la oscuridad de la noche; esto sería humillarme demasiado, y tú no querrás rebajarme hasta ese extremo.

—»¿Me arroja Vd.? pregunté con pena.

—»No; siempre serás mi hija, la hija de mi alma! pero mientras ese hombre... ya lo ves tú misma, yo no puedo abrirte mis brazos, ni me abren las puertas de una casa que él se desdén de pisar. Si algun día, óyeme bien: si algun día conoces que no puedes ser feliz á su lado, y quieres renunciar á él para siempre, ven: tú y esta niña sereis mi amor, sereis mi bien: además, si él comprende al cabo sus errores todos, todos, y arrepentido de ellos quiere volver á la senda del bien, mi mano se tenderá para sostenerle y mostrarle el camino. Entre tanto, no vuelvas á esta casa....

—»¡Padre!

—»No, no vuelvas, porque mi dignidad me manda cerrarte la puerta.

—»¡Martin, es nuestra hija; piensa....

—»Es la esposa de un hombre muy despreciable, que....

—»Padre, Héctor podrá pensar equivocadamente; pero es honrado, repliqué, recordando que era mi esposo de quien se trataba.

—»No quiero amargar mas tu vida; harto desgraciada eres.

—»Es que....

—»Adios, y no olvides lo que acabo de decirte: ó autorizada por él, ó renunciando á él para siempre; solo en estos dos casos tendrás de nuevo un sitio en nuestro modesto hogar.

»Esta sentencia no admitia apelacion. Por otra parte ¿á qué instar si cuando Héctor estuviese á mi lado yo ya no podria volver á aquella casa?

»Incliné la frente, abracé á mi madre llorando y besé la mano de aquel anciano, tan justo en sus fallos, antes de alejarme de nuevo.

»Al salir ví á mi madre caer en un sillón, deshecha en lágrimas, y pude oír que mi padre la decia:

—»Ten valor; ¿piensas por ventura que la amo menos que tú? no, no, se me desgarró el alma;

»pero seré inflexible, no puede ser de otro modo.

»Rosa me habia seguido afligida á la par que yo.

»Ambas subimos al carruaje y ella dió las señas de nuestra casa, pues en mi trastorno no podia pronunciar una palabra.

»El coche atravesó varias calles de la población antes de que yo me repusiera de mi emocion.

»En breve llegamos á las puertas de nuestra morada, bajó Rosa la primera y después de pagar al cochero, tomó á Elena en los brazos; y ambos subimos la escalera.

»Pero ¡ay! otra desgracia nueva me aguardaba allí.

»Héctor me esperaba en el dintel, ceñudo y contrariado.

»Al verle me quedé sin voz y sin palabra para responder á sus preguntas.

—»¿De dónde vienes? me dijo con acento breve; ¿de dónde vienes?

—»Yo... tartamudeé, he tenido que hacer algunas compras, y...

—»¿Es la mentira una de las costumbres que tu decantado culto autoriza?

»Estas frases me hirieron en lo mas vivo del alma, y contesté con dignidad:

—»Tienes razon: he hecho mal en faltar á la verdad.

—»¡Ah! ¿luego confiesas que tu salida ha tenido otro objeto?

—»Sí.

—»¿Consuelo! ¿y te atreves...?

—»No me acuses porque soy sincera.

—»Y para qué te has aprovechado de mi ausencia?

»Guardé silencio.

»Su semblante revelaba un trastorno tan completo, que no me atrevia á decirle lo que acababa de efectuar.

—»¡Callas! añadió; ¿seria posible que me engañases? ¿seria posible que tú, en quien yo tenía tal confianza....

—»¡Héctor! ¿qué te atreves á suponer? exclamé sin comprender de un modo completo su pensamiento, pero sintiéndome ultrajada por él.

—»Ninguna mujer honrada recata sus acciones, si estas son puras y leales; respondió con voz concentrada.

—»¡Dios mío! murmuré; ¡Dios mío, este es el colmo de la desgracia!

—»¿Dónde has ido?

—»¡Tú piensas...!

—»¿Dónde has ido?

—»Á cumplir un deber sagrado para toda madre cristiana; respondí con seguro acento, recha-

»zando de este modo toda suposición que ofendiese mi honor.

—¿Qué dices!

—«¿A lavar la frente de mi hija de la mancha de culpa que al nacer trajo impresa.

»Héctor dió dos pasos atrás, y me miró de un modo siniestro.

»Su cólera mudaba de carácter; sin ser por eso menos terrible.

—«¿La has llevado á la iglesia católica?

—«Sí, le respondí resueltamente.

—«¿La has bautizado allí?

—«Sí, sí, le volví á decir.

—«¡Desgraciada! ¿qué has hecho? gritó cogiéndome el brazo y sacudiéndome con violencia.

—«Cumplir con mi deber.

—«Perderme, perderme para siempre.

—«¿Qué dices?

—«La verdad; tu ciego fanatismo va á levantar una valla insuperable entre los dos ó á causar mi ruina y mi deshonra.

»Quedeme absorta sin poder comprender sus palabras.

»En aquel instante Rosa entró con la niña, que yo me apresuré á cojer, haciendo una seña á mi fiel criada para que saliese de la habitación.

»Ella me obedeció; pero en la mirada que fijó en mí adiviné todos los temores que abrigaba por mí y por mi pobre Elena.

»Mi esposo, entretanto, cruzaba la estancia con pasos precipitados, y presa de una agitación espantosa.

»¡Oh! confieso que en aquel instante tuve miedo, y que instintivamente estreché á mi hija contra mi seno, no sé si amparándome yo de su inocencia ó amparándola á ella con mi amor.

»Sin poder contenerlas, lágrimas ardientes y silenciosas corrieron por mis mejillas, cayendo despues como un bautizo de dolor sobre la frente de Elena.

»De pronto su padre se detuvo, y mirándome fijamente,

—«Consuelo, me dijo, hasta aquí y por un convenio tácito, yo he respetado tu opinión y tú no te has rebelado en contra de las mías; hemos vivido unidos, aunque sin confianza y sin expansión, sin lucha abierta y en silencio al menos: hoy es distinto. Tú has dado el primer paso en el camino de la disención: tú has colocado la primera piedra para el edificio de nuestra desgracia, has lanzado el primer reto, y ese reto queda aceptado por mí.

—«¿Cómo! ¿qué es lo que quieres decir?

—«Que desde este momento se acaba la tole-

»rancia, se acaba la indulgencia; yo soy el dueño, yo soy el señor, que manda, y á tí solo te toca callar y obedecer, sin murmurar una queja, ni decir una palabra.

—«¡Dios mío!

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

DOS FLORES DE UN MISMO TRONCO.

(Conclusion).

Entre la muchedumbre habia madres y las madres lloraban al ver aquella escena, pensando en los tiernos hijos de su alma.

Los dos niños, cubiertos de sangre y con las carnes desgarradas, apenas podian tenerse en pié.

Emiliano comprendió que el pueblo murmuraba, de su crueldad.

—¡Basta! dijo á los sayones; ya estarán arrepentidos y dispuestos á sacrificar.

Los verdugos se detuvieron; pero Justo y Pastor exclamaron con un acento firme y argentino:

—¡Sacrificar á los dioses! ¡nunca! ¡olvidar nuestra fé, jamás!

Un rugido de furor se escapó de los labios de Emiliano.

—¡Que mueran, exclamó; que mueran de un solo golpe!

Á estas palabras, dictadas por una cólera feroz, respondió un grito de angustia desde uno de los extremos de la plaza, y una mujer pálida, desmelenada, con los ojos desencajados por el espanto, se precipitó por entre la multitud gritando con voz doliente:

—¡Mis hijos, mis hijos!

¡Ay! aquella mujer era la madre de los dos inocentes mártires, que venia á presenciar su agonía.

Una nube de llanto cubrió los ojos de ambos niños al escuchar la voz de su madre.

Ella, entretanto, se abria paso por entre la multitud gritando sin cesar:

—¡Hijos míos!

De pronto se detuvo.

Habia visto á Justo y á Pastor.

Les habia visto pálidos, ensangrentados, medio desnudos y próximos casi á morir.

La leona herida, la tigre hircana á quien arrebataban sus hijuelos no lanzaria un grito de rabia mas imponente, ni dirigiria en torno una

mirada mas terrible que aquella madre irritada.

Los sayones que sujetaban á los niños se hicieron un paso atrás, por un impulso involuntario.

—¿Quién os ha herido? ¿quién os ha maltratado así? exclamó cogiendo entre sus brazos á sus hijos y besándolos con delirio.

—¡Sangre! gritó despues viendo manchadas sus manos; ¡oh! el infame que os ha puesto de este modo ignoraba que teníais madre, y que una madre es capaz de todo por defender á los frutos de sus entrañas.

Todos los circunstantes estaban conmovidos y aterrados, viendo la sonrisa siniestra que vagaba en los labios del tirano, y su amenazadora mirada fija con insistencia sobre Pastora.

—¡Oh! exclamó ella cada vez mas horrorizada al ver el estado de sus hijos; ¡oh! ¡esto es cruel! ¡ensangrentarse de este modo en dos niños inocentes, y que ningun mal han hecho nunca, que son débiles é indefensos como el pobre pajarillo que abandona por la vez primera su nido! porque vosotros no habreis hecho ningun mal, es verdad?

—Son culpables y sufrirán el castigo! gritó Emiliano con ronco acento.

—¡Culpables! ¡ellos culpables! exclamó la madre con asombro; ¿y qué es lo que han podido hacer?

—Insultar mi poder, confesando públicamente que son cristianos.

Pastora sintió en su corazon algo que nos es imposible explicar.

Comprendió la suerte que esperaba á las dos prendas de su alma en este valle de lágrimas, pero adivinó tambien su gloria en otro mundo inmortal.

¡Oh! qué grande, qué pura, qué sublime le parecia la acción de Justo y Pastor, confesando públicamente la fé de Jesucristo en tan tierna edad y espontáneamente.

¡Que admirables, qué incomprensibles encontró los decretos de Dios, manifestando su gloria y su poder en aquellas debiles criaturas!

Pero ¡ay! qué costoso le pareció el sacrificio de su amor de madre! ¡qué amarga la copa que tenia que apurar!

—Si quieres que tus hijos vivan, exclamó Emiliano, mándales que sacrifiquen á los dioses, y olviden para siempre las doctrinas de la nueva ley.

—¿Es á este precio solo al que me concedes su vida? preguntó lentamente Pastora.

—¿A ese tan solo; contestó el gobernador.

—Entonces ¡benditos seais, hijos míos, que quereis morir por nuestro Dios! ¡benditos seais, porque habeis aprovechado las lecciones que os

di! benditas seais, hermosas flores, nacidas ambas de esta pobre rama, que vais á perfumar el trono de la Madre de Dios!

—¿Qué dice esa mujer! preguntó Emiliano admirado.

—Que yo tambien puedo morir con ellos, porque he cumplido dignamente mi santa mision de madre, devolviendo á Dios dos mártires por dos ángeles que me confió.

—Está loca ó se burla de mí.

—Ni lo uno ni lo otro, murmuró Justo besando á su madre; es que la anima su fé y la sostiene su fortaleza cristiana!

—¡Oh! yo venceré esa fortaleza haciendo primero que os vea morir, y arrojándola despues en un inundo calabozo.

—Cúmplase la voluntad de Dios, murmuró Pastora resignada.

Emiliano dió una orden breve é imperiosa, y Justo y Pastor fueron arrancados del seno materno.

Un instante despues, aquellas dos cabezas, tan tiernas y bellas, caian al suelo, divididas del tronco por un solo golpe.

Pastora cayó sin sentido y rodó tambien por la arena.

El espíritu estuvo pronto, pero la carne habia sido flaca.

Cuando volvió en si, se halló cargada de cadenas y sumida en una prision.

En cuanto á ellos... ¡oh! cuán hermoso debió ser su triunfo, al entrar asidos de la mano en la morada celestial!

¡Qué gloria, qué bien, qué paz, qué delicias encontrarian en la eternidad!

La Iglesia los colocó en los altares y los venera entre los santos.

Su primer ruego sin duda seria por su pobre madre, pues como habia dicho Pastor, quisieron tenerla á su lado en la divina Sion, y sus almas, hermosas, blancas, inmaculadas, salieron á recibirla á las puertas del cielo, cuando rota la humana cárcel volaba hasta allí su espíritu.

Son abogados de los niños porque ellos eran niños tambien, y oyen sus súplicas inocentes y las presentan á Dios intercediendo por ellas!

No lo olvideis, hijos míos, acudid á su amparo en vuestras necesidades, y pedidles, sobre todo, que os conserven la fé, la pureza y el infinito amor de Dios!

(Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:

IMPRENTA DE D. FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo.